

# Memorias de los Ashaninka del río Ene durante la guerra interna peruana

## *Memories of the Ashaninka of the Ene River during the Peruvian internal war*

Alejandro Balaguer<sup>1</sup>

### RESUMEN

En 1990, yo era un joven fotoperiodista, corresponsal de prensa extranjera en el Perú. Luego de haber recorrido varias zonas de guerra en Ayacucho, había decidido aventurarme en el remoto valle del río Ene, donde se estaba desarrollando un gran drama. Ante el avance del ejército, y la retirada de los senderistas monte adentro, cientos de Ashaninka estaban siendo liberados y llegaban como refugiados a la comunidad Ashaninka de Cutivireni luego de haber sido secuestrados y cautivados por las columnas armadas de senderistas. Son miles de fotografías y recuerdos de aquellos días terribles en la comunidad que quiero compartir. Memorias de seres humanos atrincherados para sobrevivir; sin alimentos, refugiados, desabastecidos contra las enfermedades, rodeados por el cólera, disparos de fusiles, minas asesinas, miedos y sonrisas compartidas y la muerte siempre presente. Imágenes recurrentes que vuelven a mí sin cesar, se mantienen vívidas a través de los años, en la memoria y en el papel fotográfico, y que ahora intento despertarlas del olvido.

---

171

---

1 Periodista, fotógrafo y documentalista. Director de la Fundación Albatros en Panamá: <http://www.albatrosmedia.net>  
*E-mail:* [alejandro.balaguer@albatrosmedia.net](mailto:alejandro.balaguer@albatrosmedia.net)

*Palabras clave:* guerra interna, Sendero Luminoso, Ashaninka, comunidad de Cutivireni, río Ene, Ejército peruano, siglo XX

ABSTRACT

In 1990 I was a young photojournalist and foreign press correspondent in Peru. After having traveled through several war zones in Ayacucho, I ventured into the remote Ene River valley, where a great drama was unfolding. As the army advanced and the Shining Path retreated into the bush, hundreds of Ashaninka were being recovered and were arriving as refugees in the Ashaninka community of Cutivireni after having been kidnapped and taken captive by the armed columns of Shining Pathists. There are thousands of photographs and memories of those terrible days in the community that I want to share. Memories of human beings barricaded to survive; without food, refugees, destitute against disease, with cholera raging, taking rifle fire, avoiding murderous mines, sharing fears and smiles, and death ever-present. Recurring images that keep coming back to me and remain vivid despite the years, in memory and on photographic paper, and which I now try to awaken from oblivion.

*Keywords:* internal war, Shining Path, Ashaninka, Community of Cutivireni, Ene River, Peruvian Army, 20th century

\* \* \*

Corría 1991 y comenzaba para mí una historia forjada en esos tiempos trágicos que, sin imaginarlo en aquel entonces, me uniría a los Ashaninka de Cutivireni por más de 30 años.

La avioneta volaba en círculos sobre la pista bombardeada de Cutivireni, la comunidad Ashaninka que estaba siendo asediada por Sendero Luminoso en el río Ene.

Desde el aire, era notorio el efecto de las minas de los senderistas en la pista. Los senderistas hostigaban sin cesar a los nativos y al pequeño destacamento del Ejército que había llegado recientemente a Cutivireni para proporcionar adiestramiento militar a las recién formadas rondas de autodefensa Ashaninka.

A pesar del peligro, el piloto decidió aterrizar y se lanzó en picada al abismo. Tocó el suelo barroso y accidentado, culebreando, evitando el terreno accidentado, deslizándose en el lodo hasta quedar frente a un sendero que se internaba en el bosque, donde nos esperaba un centenar de nativos movidos por la curiosidad.

En aquellos años violentos, yo era un joven fotoperiodista, corresponsal de prensa extranjera contratado por la agencia Associated Press (AP) que ya había tenido, a pesar de su juventud, sus “bautismos de fuego” y varias experiencias con el horror y la violencia. Antes de mi paso por AP, entre 1984 y 1987, al inicio de mi carrera, había formado parte de un equipo de investigación periodística de la revista *Caretas*, conocido como *La comisaría* porque cubríamos mayormente historias de terrorismo y narcotráfico. En aquél entonces, no éramos muchos los periodistas que nos aventurábamos. Solo algunos fotógrafos evadíamos con trucos el cerco que creaban los militares para que no entremos en las *zonas rojas* y los camarógrafos eran pocos ya que el tamaño de sus equipos los delataba.

Uno de los sucesos del que fui testigo de excepción durante mi paso por la revista *Caretas* fue el de la masacre de Cochas sucedida el 19 de septiembre de 1986, en San Miguel, La Mar, Ayacucho. La tragedia que documenté en aquella comunidad me dejó la certeza del horror que sufrían las comunidades quechuas atacadas cruentamente por Sendero Luminoso y abandonadas por el repliegue de las Fuerzas Armadas peruanas.

Enrique Zileri, director de la revista, nos había mandado al reportero ayacuchano Abilio Arroyo y a mí a viajar al interior del departamento a investigar nuevas masacres que estaban sucediendo en las alturas de la provincia de Cangallo.

Lo que estaba sucediendo era que las patrullas militares eran casi inexistentes y se habían detenido los operativos en el área desde hacía varios meses. La guarnición militar de Chacco había dejado sin protección a 32 comunidades, 17 de ellas con más de 5000 habitantes. Debido al recrudecimiento de la violencia, muchas de ellas se estaban despoblando, un porcentaje de los campesinos estaba migrando a los centros poblados y otro porcentaje se estaba uniendo, muchos por la fuerza, a los “campamentos de retirada” de Sendero ubicados en la selva ayacuchana<sup>2</sup>. Solo quedaron organizadas 15 comunidades que decidieron emprender su autodefensa bajo la jurisdicción militar de Chacco, como Cochas. Pero, en realidad, estaban abandonadas a su suerte.

---

2 [Campos totalitarios senderistas. Véase Villasante en este número de la RIRA. NDE].

1986

*Abilio Arroyo y yo estamos tratando de dormir en unas camillas de la sala de cuidados intensivos del desierto hospital de San Miguel cuyo piso está cubierto de sangre reseca. No había otro alojamiento donde pasar la noche. Habíamos logrado burlar las tropas del Ejército y llegado a San Miguel desde donde esperábamos partir al alba y caminar hasta la comunidad de Cochabambas, donde nos habían contado que hacía pocas horas había sucedido una matanza.*

*Amanece y una llovizna persistente nos despide de San Miguel. El subprefecto de San Miguel, Alberto Añaños, portando con una metralleta acompañado de 6 miembros de la Policía de Investigaciones del Perú, emponchados y armados con fusiles, nos buscan para “darnos seguridad” en nuestro recorrido a Cochabambas. Ellos se habían enterado de nuestra llegada e insistieron en emprender el camino con nosotros con el argumento “no queremos otra matanza como la de Uchuraccay”. No hay otra opción, me dice Abilio, ellos mandan aquí. Yo me resigno, ya que no creo que sea buena idea andar con la patrulla. Aquí, en tierra dominada por Sendero, prefiero la neutralidad, andar solo.*

*A 20 minutos de partir de San Miguel pasamos frente a una casa hacienda incendiada con adobes ennegrecidos. “Esa fue mi casa”, dice Añaños, y seguimos la marcha. El ascenso es lento, agotador. No hay carreteras a Cochabambas. Solo un sendero empinado que traza un surco en zigzag a través de los resacos cerros, los que se suceden uno tras otro durante 4 horas de extenuante camino hacia las tierras altas. El temor de ser emboscados por los senderistas es permanente, posible, real. La zona se halla “liberada” y en control de los seguidores del Presidente Gonzalo. Los campesinos que encontramos en el camino prefieren evitarlos y se niegan a darnos información. Los policías armados nos llaman la atención. Su miedo es palpable, se siente en sus miradas. No es para menos. Sus comunidades están inermes. Ni el*

*Estado ni las Fuerzas Armadas están presentes. No les brindan protección y están siendo asesinados.*

*Ascendemos con dificultad de los 2 500 a los 4 000 metros de altura. Cuando el aire se hace ligero y mis pulmones me queman por la altura, llegamos a Cochas, que se ve rodeada de muros de adobe con torreones de vigilancia donde hay comuneros apostados. Los vigías dan la voz de alerta y al llegar a la comunidad nos esperan más de un centenar de comuneros armados con rudimentarias lanzas, hondas y cuchillos. Veo rostros de angustia, de dolor. Muchas mujeres penan y blanden cuchillos, y lloran.*

*En Cochas, las 65 casas de la comunidad se ven derruidas por el fuego. Las mujeres rebuscan entre sus pertenencias chamuscadas algo que rescatar y lloran a sus muertos. Me llaman la atención tres mujeres sentadas entre los escombros quemados de lo que fue una vivienda. Están armadas con palos y expresan su dolor ante mi lente en evidente actitud de que quieren ser retratadas en ese momento terrible que están viviendo. Asumo que quieren dejar constancia del horror vivido. Todas han perdido a familiares, asesinados horas atrás por los senderistas.*

*El efecto del ataque a Cochas es letal. Nos cuentan que los terrucos llegaron en dos oleadas por 4 flancos, más de un centenar, 40 de ellos armados con fusiles y el resto con armas blancas, lanzas y huaracas. La resistencia de los comuneros no pudo oponerse a las balas y la defensa no duró más de 10 minutos.*

*Todos los testimonios que recogemos de los sobrevivientes coinciden. Cuando entran los senderistas por el lado norte de Cochas, mueren con balazos al pecho Grimaldo Sánchez y Dionisio Muñoz. Por el lado sur es donde sucede lo peor. Mueren Félix Curo y Celestino Sánchez, quien pelea bravamente a pesar de sus 90 años. Cerca a ellos, cuando trataban de huir, la niña Celia Chávez de 4 años y Gricelda Espino de 17 son abaleadas y mueren al instante. Benita Quispe de 82 años es degollada*

*y Susana Chávez es capturada mientras carga a su bebé. La madre cae al suelo y es cruelmente acuchillada. Va al rescate del bebé caído Clotilde Vega, que es golpeada y acuchillada en el hombro. Al momento que va a ser degollada, uno de los mandos senderistas ordena que no la maten y le grita señalando al bebé: “Recógelo y créalo carajo”. Luego de una hora de horror, cuando termina la masacre, los senderistas parten hacia la ceja de selva bailando huaynos sin antes robar pertenencias y quemar todas las casas. Era el quinto ataque que sufría Cochas.*



*Figuras 1 y 2. Comuneros de Cochas después de la masacre (1986). © Alejandro Balaguer.*

A pesar de que ya hacía 5 años que viajaba sin cesar a las zonas de emergencia donde se libraba esa guerra demencial entre peruanos, tanto dolor, tanto horror, me tocó emocionalmente.

Mi vida se desenvolvía entre Lima y las zonas de emergencia de Ayacucho, Huancavelica y el Alto Huallaga, y me había convertido en un testigo fotográfico del horror. Yo estaba convencido en el rol que me tocaba: creía y creo en el poder de la fotografía para despertar conciencia, para sensibilizar. Por ello, cuando llegó a mis manos una edición del *New York Times Magazine* que mostraba unas fotos tomadas por mi colega Joaquín Amor durante una evacuación en helicóptero de Ashaninka que habían sido capturados por Sendero Luminoso en los campos totalitarios de la provincia de Satipo, viajar al Ene se convirtió para mí en una obsesión.

La magnitud de horror que estaban sufriendo los Ashaninka se desconocía porque tenía escasa cobertura de los medios, la insensibilidad del Estado era inconcebible, y la falta de interés en la capital ante el drama que vivían los peruanos en provincias era chocante.

¿Qué estaba pasando en la nación Ashaninka?

Antes de mi llegada a Cutivireni, los senderistas ya habían atacado esta comunidad matando a una decena de Ashaninka y degollado a tres profesores, mientras que otro fue crucificado, castrado y desollado vivo<sup>3</sup>. Así actuaba Sendero.

3 [El 18 de mayo de 1984, un grupo de senderistas incendió y pilló la misión católica de Cutivireni (DESCO, 2000). El 12 de junio de 1987, los senderistas asesinaron a cinco pobladores que se negaron a seguirlos. Antes de huir, quemaron la iglesia, incendiaron unas cincuenta casas y robaron un grupo electrógeno. En noviembre de 1987, el profesor Mario Zumaeta fue crucificado, castrado y desmembrado en presencia de los miembros de la comunidad. Luego asesinaron a una decena de nativos y tres profesores. En septiembre de 1990, el padre Mariano Gagnon organizó el desplazamiento de 169 Ashaninka de esta comunidad, en helicóptero, hacia la comunidad matsigenka de Tangoshari (río Urubamba)

Posteriormente, ante el avance del ejército en la zona de los ríos Ene y Tambo, y la consecuente retirada de los senderistas monte adentro, cientos de nativos, antes secuestrados y esclavizados por los subversivos, se iban a refugiar a Cutivireni en un estado lamentable por la inanición y las enfermedades.

Y yo quería ir a Cutivireni. Mi primera acción fue hablar con el director de AP en Lima que me dijo que no vaya y, por ende, me prohibió ir como fotógrafo de la agencia. El director Monte Hayes era un periodista de escritorio, un administrador más que corresponsal, y yo no. Me rebelé. En consecuencia, pedí vacaciones y con mis propios recursos partí a las selvas de Junín. Había decidido aventurarme en el remoto valle del Ene. Me acompañaba otro fotógrafo de prensa, el francés Frederic Savariau, con quien compartíamos una buena amistad y la misma motivación. Después de aquel viaje nunca más supe qué fue de Fred.

Hoy, que cumpla 40 años de estar en esta profesión, vuelven con claridad a mi memoria los rostros de la tragedia: seres humanos atrincherados para sobrevivir, sin alimentos, refugiados, desabastecidos contra las enfermedades, con el cólera rondando, recibiendo el fuego de fusiles, evitando minas asesinas, compartiendo el temor, y la muerte siempre presente. Imágenes recurrentes que vuelven a mi sin cesar y se mantienen vívidas a pesar de los años, en la memoria y en el papel fotográfico, y que ahora, respondiendo al llamado de una amiga, la antropóloga Mariella Villasante, también comprometida con la nación Ashaninka pretendo compartirlas, traerlas al presente.

---

[Informe Final CVR, Anexo 2, p. 129). NDE].

He tenido la costumbre de escribir las bitácoras de mis viajes. Releo mis libretas y viajo atrás en el tiempo hasta una triste mañana de julio en Cutivireni. Así comienza mi historia con los guerreros del Ene.

## 1991

*Estoy de rodillas fotografiando a un grupo de valientes niños Ashaninka armados con lanzas, arcos y flechas que, al igual que sus padres, están listos para defender la comunidad. Detrás de los niños de mirada adusta, una línea de guerreros con armas de fuego proporcionadas por el ejército peruano, están siendo entrenados para defenderse de los reiterados ataques y secuestros. Me acerco y algunos de ellos me apuntan cuando recorro la fila de nativos armados. Juegan conmigo, ríen y yo prosigo retratando a los valientes que mañana saldrán a “cazar” senderistas. Mientras los guerreros practican tiro al blanco, la luz penetra por las viviendas sin paredes cuyos pisos han sido excavados y convertidos en trincheras para resistir el ataque de los senderistas. En los linderos de la comunidad, torres de vigía con guerreros armados con armas de fuego custodian las 24 horas del día, la selva que se extiende amenazante bajo el promontorio donde se sitúa estratégicamente para su defensa. Los niños juegan entre los hombres armados sin comprender el peligro que los acecha.*



*Figura 3.* Ronderos Ashaninka y niños de Cutivireni en el río Ene (1991).  
© Alejandro Balaguer.

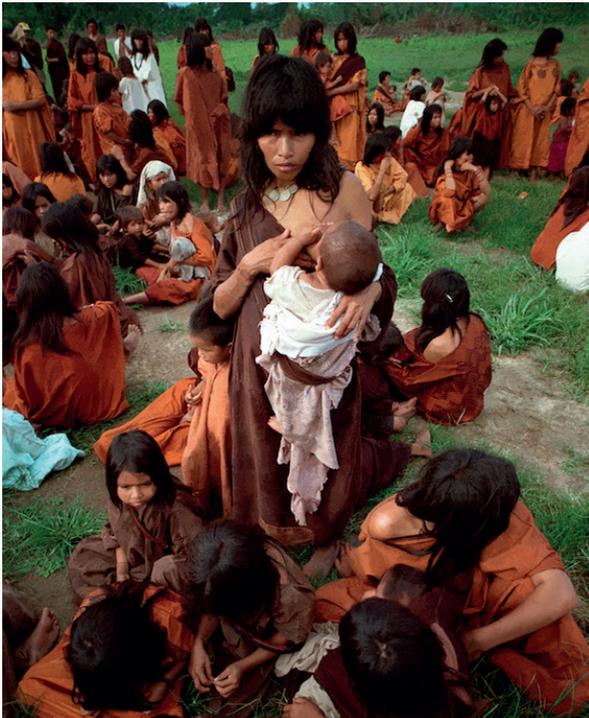


*Figura 4.* Ronderos de Cutivireni en entrenamiento con armas de fuego en el río Ene (1991). © Alejandro Balaguer.



*Figura 5.* Guerreros en práctica de tiro al blanco en Cutivireni (1991). © Alejandro Balaguer.

*Cerca a los guerreros veo una fila de mujeres que espera una magra ración de alimentos haciendo cola frente a una olla común. Una niña-madre embarazada que lleva a su bebé enfermo a cuestas recibe su ración, la retrato y me remueve el alma su juventud y su frágil carga. Ella es una de las tantas refugiadas en la comunidad de Cutivireni que fueron víctimas de la insania senderista. Una entre miles de mujeres que fueron raptadas de sus comunidades y utilizadas como esclavas por Sendero Luminoso. Otra mujer que carga un bebé recién nacido, que es la viva estampa de una madonna amazónica, está rodeada de niños. Me deja una sensación de vulnerabilidad y emana un estoicismo conmovedor. Años después sería una de las fotos icónicas de la muestra de la Comisión de la Verdad.*



*Figura 6.* Madre Ashaninka espera los alimentos en la olla común de Cutivireni (1991). © Alejandro Balaguer.

Sobre mi foto de la madre-guerrera, he encontrado un texto que analiza la fotografía de guerra y profundiza en la colección de la Comisión de la Verdad. A Rainer Huhle, quien lo escribe, lo desconcierta la imagen de la mujer Ashaninka. Huhle, politólogo y especialista en derechos humanos y políticas del pasado, así como en política y cultura de América Latina, escribe:

*[...] otra foto que quiero destacar es la del fotógrafo argentino Alejandro Balaguer, descrita en Yuyanapaq como “Mujeres ashaninkas, liberadas de un campamento senderista mediante la operación militar ‘Ene’, esperan alimentos donados por el gobierno en Cutivireni, Junín, 1991” [...] Es una de las más sobresalientes de la exposición por sus colores y su tamaño, y está incluida entre once íconos visuales que la CVR destaca de su tesoro de imágenes. Para mí es también la fotografía más desconcertante de todas. Desconozco las circunstancias en que fue tomada y cómo llegó a la colección de la CVR, pero lo que veo en la imagen no tiene nada que ver con la nota explicativa. No veo una operación militar o liberación, no veo a alguien que espere alimentos, donados o no. Lo que veo es la composición de un cuadro meticulosamente arreglado, de un colorido exquisito, con una mujer lactante en el centro, rodeada por niñas, cuya expresión no revela qué están haciendo o sintiendo. La escena de perfecta armonía estética: está tomada desde un punto elevado que permite retratar la figura central de cuerpo entero, a pesar de su posición en medio de las niñas. Todo esto evoca asociaciones de un cuadro religioso renacentista y no de un hecho real fotografiado en un momento dramático que sugiere el texto que lo acompaña. Como en esos cuadros religiosos, las expresiones de las caras, particularmente de la mujer/madonna en el centro, son equívocas, todo está bañado en un aura de melancolía indeterminada. Esto le da a la foto su fuerza estética —porque a pesar de todo es una foto—, su poder de seducción, del cual da fe el lugar destacado que se le ha concedido en la exposición de Yuyanapaq.*



Figura 7. Niña madre en Cutivireni (1991). © Alejandro Balaguer.

*Es nuestro séptimo día en la hacinada comunidad. Cae la tarde, los centinelas siguen apostados al filo del acantilado a la espera de un ataque. A pesar de que Cutivireni está situada en una meseta ideal para su defensa, ya había sido atacada por Sendero.*



Figura 8. Ronderos hacen guardia en los linderos de Cutivireni (1991). © Alejandro Balaguer.

*A mi llegada, el espíritu guerrero de los Ashaninka se ha redoblado y están dispuestos a luchar o a morir en el intento. Los hombres de la comunidad se hallan en pleno proceso de organización de las rondas de autodefensa. El Ejército los entrena en el uso de escopetas Winchester.*

*En ese momento veo que soldados y nativos son aliados. Las Fuerzas Armadas han aprendido que teniendo al pueblo en contra seguirían perdiendo la guerra. Y eso, justamente, era lo que había sucedido hasta ese momento. El organizar rondas de autodefensa trae como consecuencia la retirada de Sendero monte adentro y la recuperación de las víctimas secuestradas en los campos senderistas.*

*Una mañana se acerca un joven oficial del Ejército y me comenta que casi ya no quedan raciones para alimentar a la tropa y a los 800 refugiados Ashaninka que se hallan en ese momento en la comunidad asediada. En consecuencia, se decide ir en busca de alimentos a la comunidad abandonada de Camantavishi donde había yucales listos para la cosecha.*

*Partimos al amanecer. Fred y yo acompañamos a una veintena de soldados y a un centenar de guerreros y de mujeres Ashaninka. Somos una columna motivada a enfrentar el peligro. Morir de hambre es peor que por balas.*

*Los jóvenes soldados, mayormente de origen selvático, van apuntando hacia el bosque permanentemente esperando un ataque en cualquier instante. Cruzamos a la margen opuesta del río Ene en pleno territorio liberado por los senderistas. El miedo se siente, se percibe en el ambiente, marchamos silenciosamente. Veo banderas rojas senderistas en las orillas del río. Un joven soldado nativo captura una de ellas y posa para mi foto.*



Figura 9. Rondero posa con bandera senderista en el río Ene (1991).  
© Alejandro Balaguer.

*Los soldados identifican huellas de minas enterradas en la arena y las hacen estallar arrojando granadas. El área está minada y nos obliga a andar por el cauce del río con el agua hasta la cintura por varios kilómetros hasta que dejamos atrás el Ene y nos internamos en el corazón del bosque tropical.*

*Horas después, ingresamos en silencio al pueblo fantasma de Camantavishi, nuestro destino. Los soldados hacen un cerco de seguridad al igual que los guerreros armados con escopetas Winchester y arcos y flechas. En tanto, decenas de mujeres llenan sus cestas con yucas hasta cumplir con el cometido. Por suerte, este día no hay senderistas en las cercanías. Pero puedo*

*imaginar el baño de sangre si estuvieran presentes. Llegamos a Cutivireni al anochecer. Me adelanto para fotografiar a los valientes. La imagen me recuerda a un éxodo.*

*He pasado una semana en la comunidad y me duele en el alma la tragedia que estoy documentando. Una pareja lleva a un raquítico anciano que agoniza hasta el puesto de salud donde un joven misionero atiende a un niño enfermo de cólera. El heroico enfermero no se da abasto para atender a los enfermos que esperan afuera de la choza mal llamada enfermería. Horas después el anciano yace muerto ante mí. Lo envuelven en una manta, su esposa lo despide sin lágrimas. Acurrucada en un rincón de la choza, sintiendo el peso de la existencia. Lo que queda de ese cuerpo deshidratado por el contagioso virus es un pequeño bulto. Me indigna el desabastecimiento de medicinas, de suero, de todo.*

*Una mañana húmeda, Cutivireni amanece cubierta de una densa niebla. En los puestos de vigías que rodean la comunidad, la guardia está atenta, los guerreros están apostados. Veo el doble de centinelas por puesto. Las siluetas fantasmagóricas de los Ashaninka emergen con las oleadas de niebla. De pronto, suenan fusiles desde la selva que se extiende abajo, y un grupo de niños sube la cuesta a la carrera cargando ollas con agua del río. Los centinelas les gritan que se apuren. Un teniente se acerca mientras los niños entran a la carrera al hábitat humano. Me dice: “Comenzó de nuevo el juego macabro. Los senderistas juegan tiro al blanco con la gente que va al río a buscar agua”.*

---

188

*En la noche, le digo al teniente, quien comparte un plato de yucas hervidas conmigo, que me enfurece el hecho que el Estado podría estar asistiendo y reforzando la seguridad, la salud y seguridad alimentaria del pueblo Ashaninka, y no lo hace.*

*Sí, me indigna. Hoy es 29 de julio de 1991, y mientras los nativos mueren de cólera, de hambre o por las balas de Sendero, y mientras la pequeña tropa acantonada aquí resiste a duras*

*penas, en Lima se festeja con pompa y derroche las fiestas patrias con un desfile militar majestuoso, digno de un emperador, donde vuelan los aviones de combate sobre las flamantes tropas que marchan ante el estrado, donde el Presidente Alberto Fujimori saluda a las Fuerza Armadas en la celebración y gasta decenas de miles de dólares que nunca van a servir aquí para cambiar la situación, el drama que estamos sufriendo aquí..*

*Me despido de Cutivireni prometiendo volver.*

Luego de haber sido perseguidos por Sendero, cambió el equilibrio de la balanza. Tras algunos años de combates feroces en las selvas del Ene, la tenacidad de los guerreros nativos se dejó sentir. La batalla del Ene fue ganada por los nativos que resistieron a Sendero Luminoso.

Muchos refugiados en Cutivireni comenzaron a retornar a las comunidades abandonadas y a recuperar cierta tranquilidad en sus vidas. Una realidad efímera, ya que Sendero Luminoso, aunque debilitado, siguió presente en el Ene. Pero los Ashaninka de Cutivireni aprendieron del horror vivido y no se dejarían volver a sorprender.

El efecto de las rondas indígenas en las selvas del Ene volcó la balanza favorablemente para los Ashaninka. Pero el horror continuó, y la muerte masiva comenzó también cerca a los pueblos de colonos andinos de la selva central, como en Mazamari.

**1993**

*El avión Antonov de la Fuerza Aérea del Perú se sacude al cruzar la cordillera con rumbo a Mazamari; vuela desafiando el clima hostil de los Andes centrales, va con socorristas a evacuar a los sobrevivientes de una masacre de nativos y colonos. Al*

*menos 30 periodistas y corresponsales de medios internacionales vamos también a bordo sin imaginar la magnitud de la masacre que vamos a reportar<sup>4</sup>.*

*La aeronave aterriza con dificultad en la pista de tierra seguida de otro avión Antonov con autoridades y fuerzas del orden. Una caravana de camionetas nos recoge e inmediatamente estas salen disparadas por los polvorientos caminos selváticos con rumbo a no sabemos dónde. Nadie nos ha querido dar información detallada. Lo que sí nos han dicho es que ha habido más medio centenar de gente asesinada brutalmente.*

*Largas filas con decenas de cuerpos sangrientos se ven cubiertos con mantas y con papeles periódico. Nativos y colonos recorren el macabro escenario tratando de reconocer a sus seres queridos. Una mujer andina llora desconsoladamente frente a un joven mutilado. Los gritos de dolor y llantos se repiten sin cesar. Yo recorro las filas de muertos como un autómatas, sintiendo una mezcla de ira y dolor que me carcome. Bajo un techo de zinc hay más personas muertas, muchos niños. Veo a un policía notoriamente afectado que me llama y me señala un pequeño bulto tapado de hojas de periódico. Lo destapa y es un bebe de menos de un año, ensangrentado, el rostro con moretones,*

---

4 [Se trata de las masacres del valle de Tsiriari (Mazamari, Satipo), acaecidas el 18 y 19 de agosto de 1993, durante las cuales fallecieron 72 personas, 21 nativos nomatsiguengas y 51 colonos andinos. No se ha esclarecido la identidad de los atacantes, todos eran campesinos y/o nativos del lugar. Véase Villasante, 2014, La masacre de Tsiriari y de la comunidad nomatsiguenga de Tahuantinsuyo (Satipo), *Boletín del IDEHPUCP*. Villasante, 2020, Retorno a la comunidad nomatsiguenga de Tahuantinsuyo y visita de la Dirección general de Personas Desaparecidas del MINJUS, *Boletín del IDEHPUCP*. Villasante, 2022, Los avances en la búsqueda de personas desaparecidas durante la guerra interna en Satipo: El caso de la comunidad nomatsiguenga de Tahuantinsuyo, *Revista Ideele*, n.º 307. Ver también Villasante, 2019, La terrible masacre de Tsiriari, pp. 402-411; La destrucción de la comunidad nomatsiguenga de Tahuantinsuyo, pp. 411-430, en *Violencia política en la selva central*. NDE].

*mutilado. Junto a él yace un niño con la cabeza que muestra varios cortes de machete, con las demenciales heridas abiertas y el cráneo partido. El olor a muerte, omnipresente. Luego de media hora salgo del sitio llorando, vuelvo en silencio a la pista de aterrizaje donde presencio gran actividad. Veo a enfermeros y socorristas que cargan camillas con niños que han sobrevivido a los golpes de machete: los llevan hacia los dos aviones que ya tienen los motores en marcha. Dejo mis cámaras de lado y ayudo a cargar a dos niños acuchillados que se debaten entre la vida y la muerte. Soy el único periodista que lo hace, mientras que el resto se comporta como buitres. Dentro del avión que ya está despegando uno de los niños agoniza. Mis colegas siguen peleando por un mejor puesto para lograr otra foto. Esa actitud, es falta de humanidad, me encoleriza. Los insulto y no les importa.*

Hoy, busco en mi archivo el reporte que redacté desde Mazamari para Associated Press en agosto de 1993. Lo releo y aún me conmueve:

Walter Sinti Quintumaya intentó gritar mientras Sendero Luminoso descuartizaba a su familia y parientes en la aldea [nomatsiguenga] de Tahuantinsuyo. Pero le taparon la boca.

El niño de 10 años sobrevivió. “Mataron a mi hermano, a mi hermana, a mi tío”, dijo.

Walter escapó de sus captores y huyó a la selva. Otros no lo lograron y fueron asesinados. Mataron brutalmente a hombres, mujeres y niños [nomatsiguenga] y a colonos de la sierra. Muchos cuerpos de niños y bebés estaban tan mutilados por los machetes que sus rostros eran irreconocibles. Otros habían sido carbonizados, lo quemaron vivos. Rosa Quintimal, una joven nativa, huyó de Tahuantinsuyo cuando los senderistas, vestidos como Ashaninka, irrumpieron en su aldea en plena oscuridad y mataron a su hijo. “Eran

muchos. Mataron a todos, mujeres, bebés. Entonces escapé”, dijo Rosa en evidente estado de *shock*.

Un avión de la Fuerza Aérea envió el viernes 10 toneladas de alimentos y medicinas y trajo de vuelta a nueve niños malheridos para que recibieran tratamiento en Lima. A uno de los niños le habían cortado las manos.

Un portavoz del Ejército dijo que los ataques eran aparentemente para castigar a los nativos por haber desertado de las filas de Sendero Luminoso y haber ayudado al Ejército. En un aparente ataque de venganza, la columna armada de senderistas y de Ashaninka reclutados arrasó siete aldeas del valle del río Ene entre la noche del miércoles y la mañana del jueves<sup>5</sup> dijeron los sobrevivientes.

Fue el peor ataque desde que el cerebro de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán, fue detenido y condenado a cadena perpetua el pasado otoño. Y ha sido uno de los ataques más mortíferos en los 13 años de insurgencia de Sendero Luminoso.

21 de agosto 11:20:39 1993.

---

5 [18 y 19 de agosto de 1993. NDE].



Figura 10. Niños mutilados en la masacre del valle de Tsiriari (Mazamari), 18 de agosto de 1993. © Alejandro Balaguer.

Cuando recuerdo los testimonios de la matanza, lo que vi y escuché, siento que no puedo olvidar ni perdonar tal barbarie.

En aquellos años, la sensibilidad de la opinión pública limeña sobre la tragedia del Perú era casi nula. El interés en el extranjero por la guerra en el interior del Perú menguó mucho luego de la captura de Abimael Guzmán y tomé una decisión acerca de mi rol. Quise buscar nuevas formas de comunicarme y de aportar con mi trabajo.

Así fue que primero publiqué mi primer libro, *Rostros de la Guerra* (Lima, 1993) y luego me convertí en un fotógrafo de temas humanitarios, de los colaboran con imágenes a hacer

públicos los problemas que afectaban a la niñez de nuestra región. Por un lustro formé parte de la Unidad de Fotografía de UNICEF, que dirigió Ellen Tolmie, una sensible y gran editora de imágenes, que organizaba la cobertura mundial de la organización desde las oficinas de la ONU en Nueva York. Yo fui uno de sus fotógrafos para América Latina.

Mi primera asignación fue volver al Ene y fotografiar el retorno de las familias Ashaninka a sus comunidades abandonadas y la vuelta a una aún incierta normalidad. Y, por esa vez, Naciones Unidas me simplificó la logística y volé con mi colega Flavio Casalino en un helicóptero de la Policía Aérea del Perú hasta Cutivireni, que fue, una vez más, mi casa y base por una estadía de muchos días.

## 1995

*César Bustamante, un líder rondero que cargaba siempre una intimidante escopeta Winchester al comando de un grupo de guerreros en 1991, ahora lleva un botiquín de primeros auxilios. Está pesando bebés en una balanza montada frente a la nueva posta de salud de piso y paredes de cemento de Cutivireni. César, cuando no lidera rondas de autodefensa contra Sendero Luminoso, es el enfermero capacitado de la comunidad y es el contacto que me ha dado UNICEF para documentar la realidad de los niños en el inicio del proceso de pacificación del Ene.*

---

194

*A media tarde, la fila de mujeres es larga y muchos niños están muy desnutridos. César está preocupado: las medicinas no alcanzan, están desabastecidos, y las muertes son frecuentes. Hay una cierta resignación de las madres ante los hechos. Pienso que el abandono del Estado es criminal.*

*Adentro de la posta se desenvuelve un drama. En la pequeña sala de primeros auxilios una madre se lamenta al ver el sufrimiento de su hija de no más de dos años que se halla muy grave, sufre tuberculosis y presenta los síntomas del cólera. César no cree que sobreviva. Su aspecto es extremadamente frágil: su cuerpecito es tan delgado, su piel deshidratada... En su agonía, cuando me acerco, me mira con una mezcla de miedo y dolor. Le tomo una foto y se me parte el alma.*

*Esa noche dormimos en la posta de salud escuchando lamentos. Al día siguiente, iremos a Camantavishi. Nuestra misión es documentar el retorno de los Ashaninkas a la comunidad, que había sido abandonada y que ahora, con el repliegue de los senderistas monte adentro, estaba siendo repoblada.*



*Figura 11. Niñas ashaninka retornan a la comunidad de Camantavishi (2003). © Alejandro Balaguer.*

*Marchamos bajo un sol que cae a plomo por una orilla del río Ene y luego por senderos que pasan por parches de bosques,*

*yucales y terrenos quemados que están siendo preparados para la siembra. Nos guían jóvenes ronderos armados con arcos y flechas que demuestran sus destrezas, cuando nos damos un descanso para hacer tiro al blanco a palos y sus flechas siempre aciertan con maestría.*

*En Camantavishi, mientras los hombres parten de ronda armados con escopetas, las mujeres trabajan con ahínco y devuelven la vida a la comunidad que ahora reconstruyen. Veo que manifiestan la alegría de haber recuperado lo suyo, alzan de nuevo las casas de la aldea, y les tejen techos con palma. Veo que reparten alimento al enjambre de los niños, que mascan y maceran las yucas para preparar masato. Veo que cargan sus enseres, cuidan a sus hijos, acarrear el agua.*

*Retornamos a Cutivireni. Recibimos la mala noticia: la niña ha muerto. Es una víctima más del abandono sistemático del Perú profundo por parte del Poder Ejecutivo de la República. Pasamos otra noche triste en la posta de salud, de flamantes paredes de cemento y totalmente desabastecida de medicinas que podrían estar salvando vidas.*

## 2003

*Al pie de la avioneta, unos jóvenes Ashaninka ríen y forcejean entre ellos en un afán de ayudarme a cargar las cajas con mis equipos fotográficos que se alinean sobre el barro. Son caras familiares, conocidas (años después, revisando fotos, me llevaría la sorpresa que eran los niños que fotografíe en pie de guerra con sus armas en el 91 y que luego me guiaron monte adentro hasta Camantavishi en el 95).*

*Estoy nuevamente en Cutivireni. “Pero esta vez vengo como explorador”, le comento a César Bustamante, que ahora es jefe, autoridad máxima en Cutivireni. Me han comisionado para sobrevolar el Cañón de Cutivireni y la ceja de selva central de*

*la cordillera de Vilcabamba, para documentar la geografía del área, ya que no hay información cartográfica suficiente y aún presenta zonas inexploradas.*

*Nos instalamos en la comunidad y preparamos nuestros equipos para abordar la aeronave Cessna para la aventura aérea. Bustamante me cuenta que en la comunidad solo quedan media docena de familias. El resto ha migrado. A comparación de mi primera visita en 1991, cuando había más de 800 Ashaninka recuperados, hacinados y atrincherados, hoy “Cuti” parece desierta. Según Bustamante, gran parte de la migración se debe a la dificultad para obtener agua potable, ya que la comunidad está asentada en una meseta alta, relativamente lejos del río.*

*Despegamos. Decido hacer un vuelo exploratorio sobre las estribaciones boscosas de la cordillera de Vilcabamba. Sobrevolamos las primeras cataratas, primero la de Tsiapo, luego la impresionante caída de agua de Parijaro y los tres saltos de las Tres Hermanas. Noto lo difícil del terreno, con altas montañas cubiertas de selva que bajan desde las alturas abruptamente y que se encañonan cuando llegamos al Puente Natural del Cañón de Cutivireni. Viendo esta hostil geografía, puedo entender lo difícil que es combatir en esta cuenca y la razón de que sea justo aquí la zona de retirada de Sendero Luminoso y el escenario actual de enfrentamientos.*

*Volamos muy cerca de las paredes del Cañón. Van apareciendo cascadas que no estaban en el mapa, y documentamos desde la perspectiva aérea sorprendentes tesoros hídricos, más de 50 afluentes, hasta que una tormenta eléctrica con fuertes vientos y lluvia nos obliga a cambiar de rumbo. Volando de retorno a Cutivireni, siento que la avioneta es un diminuto punto blanco entre montañas que se elevan a más de 4,000 metros de altura a merced del clima hostil y de los elementos.*

*César Bustamante, su esposa e hijos me reciben en su hogar tradicional y comparten conmigo un trozo de sachavaca (tapir)*

*que han cazado recientemente. El jefe de “Cuti” me cuenta que, a pesar de que el Ejército ha redoblado su presencia en el Ene, aún sigue Sendero Luminoso operando en el área. César, quien aún comanda la autodefensa Ashaninka de “Cuti” actual, no ha bajado la guardia.*

*“Yo fui con 15 ronderos hace poco a Cachingari y los senderistas nos estaban esperando. Nos emboscaron, pero resistimos. Las balas silbaban sobre mi cabeza. Nosotros también respondimos. Finalmente huyeron, dejando a un herido. Así es nuestra vida, sigue siendo dura y el peligro es permanente”, me dice Bustamante mientras cruzamos la comunidad y bajamos al río, hasta el embarcadero del río Ene.*

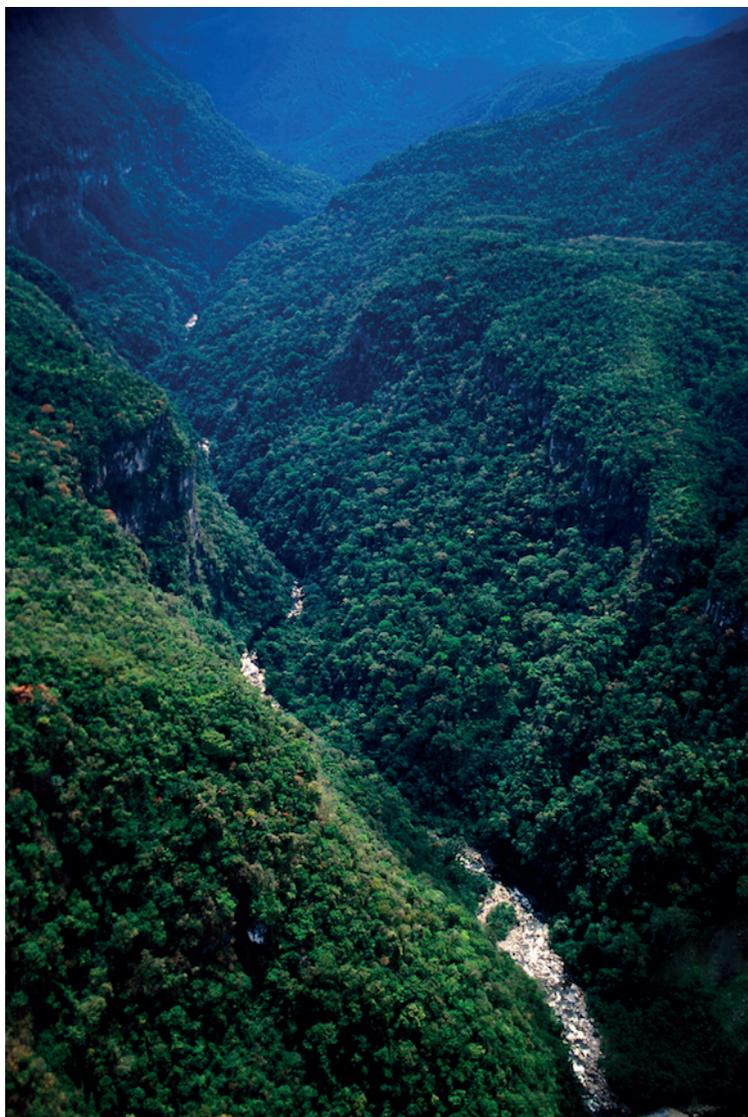
*Nos sentamos en la orilla y a lo lejos vemos venir dos balsas de palo que vienen llegando a la comunidad. Luchan contra la corriente con la ayuda de media docena de ronderos que vuelven de hacer su ronda de seguridad. Reconozco a uno de ellos. Es un rondero jorobado de baja estatura que me guio en balsa en 1991 hasta la base de los militares que debían llevarnos de vuelta a Satipo. Su nombre es Jonás.*

*Me lo cruzo y nos saludamos. Jonás es un hombre de pocas palabras y no habla español. Lo veo cambiado, ya no es el muchacho tímido que conocí. Nuestro encuentro es breve y emotivo. César, quien ha visto el encuentro me dice: “No te confundas con Jonás. Se ha convertido en una leyenda entre los ronderos. Desde que te fuiste ha luchado sin cesar, liderando siempre en los combates a los nuestros. Jonás ha matado más senderistas que ningún otro Ashaninka. Es el terror de los terrucos en el Ene”.*

*Mi viaje a Cutivireni termina mañana. Ahora, estoy montando una exhibición fotográfica en una choza de la comunidad. Más de 50 fotos dramáticas de los tiempos tristes que vivieron: una memoria visual de “Cuti”. Van llegando una veintena de*

*Ashaninka. César Bustamante me acompaña en el recorrido y muchos lloran, como él, ante las imágenes blanco y negro de los seres queridos que ya no están. Las fotos despiertan recuerdos. Muchos me agradecen y nos abrazamos. Nos quedamos en el sitio, rodeados de fotos, como si fuera un velorio, hasta el atardecer.*

*Es de noche, y en la comunidad se respira tranquilidad. Escucho conversaciones, susurros incomprensibles alrededor del fogón que se funden con la sinfonía de la selva palpitante. Escribo en mi infaltable diario de viaje... Un joven toca el tambor, pero ya no son canciones de guerra. Otro nativo se suma con su flauta, y alguien canta en lengua ashaninka con profundo sentimiento, como si estuviera recordando a sus hermanos caídos en combate. Ellos son uno con la noche, con el bosque, con cielo y las estrellas, que son su propio techo. Hijos del Dios Sol y de Tasorentsi. Dueños de su destino.*



*Figura 12.* Sobrevuelo en el Cañón de Cutivireni (2003). © Alejandro Balaguer.

**2023**

Me preocupa el destino de Perú, encandilado por las efímeras luces del consumo y el cuestionable “nuevo dios” llamado desarrollo económico. Un Perú que no logra ver, ni quiere ver, que el peligro de otro estallido social sigue latente, que mientras no se construya una sociedad más solidaria con los invisibles de siempre, el riesgo de repetir la tragedia del pasado estará de nuevo en la siguiente esquina.

Deseo que se multipliquen las voces y que los medios reporten y no oculten la realidad de los pueblos olvidados por el Estado, hecho que en el pasado permitió que Sendero Luminoso creciera, causara dolor y tragedias inconcebibles. Sin olvidar las violaciones y desapariciones de inocentes por parte de las fuerzas armadas que no entendieron, en un comienzo del conflicto armado, que el pueblo no era el enemigo, sino el mejor aliado para derrotar al terror.

Recordar, acoger a las víctimas, decir con orgullo redoblado NO MÁS, contarle al mundo y a las generaciones de nuevos peruanos lo sucedido, cuando se venció al horror, es una obligación moral.



*Figura 13.* Niña enferma de cólera en la posta de salud desabastecida de Cutivireni (1991). © Alejandro Balaguer.

Este año, que cumpla 40 años de profesión activa en campo, el viaje continúa, y me preparo para volver a Perú para viajar por cuarta vez al río Ene, al encuentro de mis hermanos ashaninka.

Desde que me inicié en el mundo de las comunicaciones y las artes visuales, he tenido una intensa actividad profesional en América Latina y el Caribe. Mediante proyectos editoriales, producciones audiovisuales y reportajes fotográficos y televisivos, he desarrollado campañas educativas en favor del desarrollo sostenible y la equidad social en toda la región.

Durante más de dos décadas viví en el Perú y pasé la mayor parte del tiempo viajando por el país. Primero, cubriendo la guerra interna. Luego, documentando la costa, con sus múltiples legados de culturas prehispánicas y su biodiversidad marina; los Andes, con su cultura, sus festividades y su pasado milenario; y la Amazonía, fuente de vida, despensa ecológica, hogar de pueblos originarios y de fauna y flora impresionantes.

En 2003, partí del Perú para crear la Fundación Albatros Media con base en Panamá, para producir contenidos que comuniquen criterios de conservación y restauración de la naturaleza en beneficio de la humanidad, contando mayormente historias de esperanza en América Latina y el Caribe. A lo largo de 20 años dirigiendo la fundación, he llevado a cabo campañas inspiradoras para impulsar temas socio-medioambientales, y la emisión de nuestros programas televisivos, documentales y reportajes en más de 700 canales de televisión. Desde Albatros he montado, junto con mi equipo, exhibiciones audiovisuales en decenas de aeropuertos, de parques y plazas, así como en centros comerciales de 16

países. Mi trabajo fotográfico se ha plasmado en 37 libros hasta la fecha.

No tengo duda que los años de la guerra interna despertaron en mí un sentimiento de solidaridad que no me ha abandonado a lo largo de cuatro décadas de labor comunicacional, y que, lejos de haber terminado, continúa con pasión, entusiasmo y compromiso.

### **Selección bibliográfica del autor**

Balaguer, A. (1993). *Rostros de la Guerra*. Perú Reporting.

Balaguer, A. (1995). *El valle del fuego*. Panamericana Televisión.

Balaguer, A. (1996). *Nuestro nombre es hoy*. UNICEF.

Balaguer, A. (1996). *Bajo los apus*. La Positiva.

Balaguer, A. (1999). *Bosques de la paz*. PROMPERÚ.

Balaguer, A. (2000). *La papa, tesoro de los Andes*. CIP.

Balaguer, A. (2001). *Islas de Asia*. Proislas.

Balaguer, A. (2000-2003). *Hanan Pacha*, 3 vols. APUS Graph.

Balaguer, A. (2004). *Colección 6 libros para niños. Nuestra fauna*.  
Fundación Avina.

---

204 Balaguer, A. (2004). *Desiertos vivos. Redescubriendo la costa del Perú*. Andes y Mares.

Balaguer, A. (2006). *Pachacamac Develando el misterio del valle de Lurín*. APUS Graph.

Balaguer, A. (2007). *Agua madre, verdades e imágenes*. APUS Graph.

- Balaguer, A. (2007). *Los vuelos de Kon*. Andes y Mares.
- Balaguer, A. (2006). *Un tesoro llamado Coiba*. Fundación Albatros Media.
- Balaguer, A. (2012). *Ruta de gigantes*. Fundación Albatros Media.
- Balaguer, A. (2011-2012-2013). *Tesoros de las Américas*, Vols. 1-3. AMTEX.
- Balaguer, A. (2012). *Islas secretas*. APUS Graph.
- Balaguer, A. (2018). *Panamá desde el cielo*. Fundación Albatros Media.
- Balaguer, A. (2019). *Energía del Universo*. AMTEX.
- Balaguer, A. (2020). *Energía pura e infinita*. AMTEX.
- Balaguer, A. (2022). *Energía del saber*. AMTEX.

\* \* \*

Recibido: 23 de octubre de 2023  
Aceptado: 22 de abril de 2024